

Sumario:

Este ensayo se introduce (1) con una reflexión sobre el origen medieval de las misiones y funciones universitarias ordenadas a la formación de la persona en valores de jerarquía superior, como gestora de la ciencia para el servicio a la sociedad; y sobre las notas o características institucionales de la universidad como corporación científica, universal y autónoma. Breve noción(2) sobre los modos de ser universidad conformados en el siglo XIX y proyectados al XX, abre espacio para señalar el origen y el modo específico de la universidad católica como institución moderna, y participe (3), en unión con sus congéneres del mundo, de interrogantes e inquietudes proyectivas, tan abundantes desde el término de la Segunda Guerra mundial. A la luz del Concilio Vaticano II (4) y de otros documentos de la Iglesia, se precisa la doctrina sobre la educación y la universidad católica; y se mencionan (5) las proyecciones conciliares en las universidades católicas de Latinoamérica. Las más urgentes presiones sobre el estamento universitario, como la crítica sobre el nuevo orden político y cultural del mundo, ambos globalizados, son temas del numeral (6), de modo particular atento a los varios y previsibles efectos de la informática en la cultura, la educación, el trabajo y el empleo, y del numeral (7) que está dedicado al concepto de desarrollo, inseparable, para los creyentes, de nuestra personal y social historia de salvación.

Perspectiva de la Universidad Católica Latinoamericana

Alfonso Borrero, S.J.

*Ex Rector de la Universidad Javeriana
Especialista en Universidades*

Acabamos de cerrar el milenio en que nacieron las universidades. No que remotas civilizaciones hubieran carecido de conciencia sobre la educación enflechada hacia los valores *superiores* dictados por la verdad. Si nos place, apoyémonos en Karl Jaspers cuando, fundado en Lasaulx, nos insinúa su tesis sobre el “*tiempo-eje*” enarbolado por el filósofo alemán en torno a los 500 antes de Cristo: la cultura China, la Indú, y las del cercano Oriente tan próximas geográfica y espiritualmente a la cultura filosófica de Grecia, del Helenismo y de la cultura imperial de Roma. En Grecia germinan, nos lo confirma Jaeger, los conceptos de *physis* o naturaleza; de la *episteme* racional que los latinos tradujeron por la *scientia* esculpida en la inteligencia humana -el *nous* aristotélico-; y de *techné* como principio de las relaciones operativas del hombre con su medio circundante, tan sentidas por la cultura israelita en la página sacra del génesis, que constituye al hombre como señor del universo.

Juan Pablo II, en la *Fides et ratio*, I, valora las culturas antiguas porque ellas “*han llevado a la humanidad a encontrarse progresivamente con la verdad en el horizonte de la conciencia personal*”, mediante la cual el hombre se conoce a sí mismo por la educación. Y si de la verdad y la educación se trata, al abordar en este ensayo sobre la universidad católica nos es imprescindible una noción a modo de preámbulo:

52 1. Misiones, Funciones y Notas institucionales de la Universidad primigenia.

Tenemos sabido que en la Edad Media nuevo impulso cobraron los valores educativos en su tendencia ascensional hacia alturas *superiores*. Bajo el término sociológico y gremial *universitas*, maestros y escolares, en lugares de Europa distantes entre sí, se agruparon en

torno a la causa del *saber superior*. Los atraía el anhelo de explorar las relaciones entre las *artes liberales*. Las *artes*, otra denominación por la *scientia* en cuanto ésta también es impulso hacia la acción, les habían llegado a los maestros del Medioevo por el cauce institucional de la escuelas episcopales y monásticas, tras haber éstas irrigado los esplendores carolingios y haberse constituido en el *Studium*. Este era el símbolo verbal del poder del saber, al lado del *Imperium* y el *Sacerdotium* que, superada la Lucha de las Investiduras, oficiaban, con distintas aunque relacionadas competencias, los poderes de las coronas imperiales y de la autoridad apostólica y sacrosanta de la Iglesia.

Despuntaba el amanecer del siglo XII que desde principios del presente siglo y por acierto de Haskins (1927), corre en boca de los historiadores con el cuño honorífico de renacimiento: Renacimiento del siglo XII, llamado también benedictino por la péñola que paciente y gótica en manos de monjes hacendosos, nos legó la riqueza letrada de la Antigüedad. Es la Edad Media, tan sin razón ensombrecida desde el siglo XV como si se tratara de un período insignificante de la historia, aprisionado entre dos momentos fuertes y gloriosos: la Antigüedad y el Renacimiento del siglo XVI.

Recientes investigaciones sobre la etapa medieval, serias y rigurosas, han rescatado del desinterés y el prejuicio el valor histórico de los siglos XII y XIII, que vieron la epifanía del movimiento universitario cuya génesis nos la dejó trazada el historiador francés Stephen d'Irsay, con la precisión propia del lenguaje aristotélico: Podríamos decir *“que las universidades tuvieron una causa material: el aumento del caudal del saber humano a lo largo del siglo XII, y una causa formal: el desarrollo del espíritu de corporación, con el fin de defender los intereses comunes. El movimiento corporativo que da lugar a la formación de los gremios, cofradías y bansas de artesanos y mercaderes, al reunir a los intelectuales, hace que surjan las universidades. Estas dos causas, material y formal, se produjeron al mismo tiempo; y al darse una causa eficiente, la mayor parte de las veces un hecho casual: presencia de un gran maestro, lucha contra el cancelario de la escuela catedral, etc., fueron surgiendo las distintas universidades, que también tuvieron una causa final: la atracción de las carretas indispensables a la sociedad y, en último término, el servicio de Dios y de la Iglesia”*.

No sin razón Juan Pablo II destaca la presencia y asistencia *cordial*, comprensiva y penetrante de la Iglesia en los siglos del nacimiento y de la primera expansión de la universidad: *Ex corde Ecclesiae universitates natae sunt*.

Misiones, funciones y notas institucionales

Se trata, pues, de la universidad como la *institutio* que desde el Medioevo ha llegado hasta nosotros con la herencia preciosa de las *misiones y funciones* orientadas a la formación y educación de la *persona* gestora de la *ciencia* y portadora del servicio que persona y ciencia le prestan a la sociedad, mediante la dedicación profesional para el servicio de la *fe* por la teología; de la *justicia* por el estudio jurídico, y de la *salud* en el desempeño de la medicina. Bien supo la heráldica medieval relieves y esculpir, como blasones sobre el acuartelado de los escudos universitarios, las palabras *scientia, veritas, lux o lumen; fons, via, semitas o iter; sol, astra, libertas*, y otras más de raigambre latina, significativas del aporte de la ciencia y la verdad engastadas en la mente humana para el beneficio del todo social.

Más no se interprete que al señalar el origen medieval de la institucionalidad universitaria, se le resta valor educativo *superior* a manifestaciones que se habían dado en precedentes reductos culturales, incluidas las culturas precolombinas del hoy continente latinoamericano. “*Pero tomadas en su gran conjunto -escribe Cobban-, las notas de la universidad medieval no parecen haberse producido en ninguna institución previa a los siglos XII y XIII; ni es clara la continuidad orgánica entre las universidades que evolucionaron desde fines del siglo XII y las escuelas griegas, greco-romanas, bizantinas o árabes. Tampoco es sana, históricamente hablando, la teoría de la ‘traslatio studii’, como diciendo que la constante histórica del saber y la afición que lo acogió, fueran el enlace institucional desde Grecia, la cultura greco-romana, Bizancio y los tiempos carolingios hasta los siglos XII y XIII. Esto sólo nos indica la subsistencia de un espíritu de estudiosidad, no de una institución, así historiadores del siglo XV aleguen continuidad del ‘studium parisiense’ desde el antiguo Egipto, pasando por Atenas y Roma*”. Similares reflexiones sobre la *universitas* medieval las debemos a varios otros historiadores, como Hastings Rashdall.

Fue pues en el Medioevo cuando se dieron las máximas condiciones para que una institución social y jurídica asumiera, entre otros, las síntesis aristotélico-tomista. *Institución* caracterizada por una tñ amor al *saber superior*, que le hizo posible erigir clara jerarquización de las ciencias. Y con tal sentido de unidad, universalidad y autonomía, que a la *universitas* le valió ser distinguida de cualquiera otra corporación del momento: Institución *corporativa, científica, universal, y autónoma* por estar fundamentada sobre la libertad del espíritu pensante y el poder del saber.

Ornada de estas *notas* características, la institución universitaria hizo su recorrido por los siglos posteriores a la Revolución científica del siglo XVI. La universidad procedió lenta en aclimatarse a la visión de la *ciencia nueva*, hasta el punto de ser competida en su nota *científica*, a partir del siglo XVIII, por las Academias, y por las instituciones tecnológicas cuando por los mismos tiempos fue acuñada la palabra *tecnología*, al estímulo de la Revolución industrial.

2. El Siglo XIX: Modos de ser Universidad. La Universidad Católica.

Conformados plenamente en el siglo XIX los Estados modernos, los Estados-nación, cada uno a su manera y de acuerdo con sus tradiciones jurídicas y culturas sociales, intervino las *funciones* universitarias con predeterminación sobre las *misiones* tradicionales: la *persona* gestora de la *ciencia* para servicio a la *sociedad*.

Pero la sociedad ea ya un Estado. Hubo entonces campo para que historiadores y conceptualizadores de la filosofía universitaria hayan distinguido entre diversos *modos de ser* universidad, donde se combinan el orden de preferencia de las misiones universitarias y las voluntades oficiales. El maestro Francisco Giner de los Ríos distinguió tres de estos *modos*: La universidad alemana, investigadora; la inglesa, educadora, y la francesa, y a su copia la española, profesioalizadora. Amplían este espectro los investigadores belgas Dréze y Debelle cuando en 1968, en "Conceptions de l'Université", analizan y describen el talante de los tres modos mencionados por el maestros español, agregándoles las fisonomías universitarias de Estados Unidos y de la

Unión Rusa Socialista Soviética. Lo cual le dio pie a Paul Ricoeur, prologuista de la obra mencionada, para polarizar la situación de las universidades. Dice así el filósofo francés: “*Si se considera bien el funcionamiento de la universidad en todos los países, aparece claro que la idea de la universidad de la libertad o liberal, hacia un extremo, y de la función de la universidad cuasi servicio público - hacia el opuesto-, constituyen los polos que modernamente tensionan las universidades del mundo, prescindiendo de que sus formas jurídicas (privadas u oficiales) ñas aproximen a uno u otro polo*”. En uno de estos extremos en tensión -pensamiento de Georges Gusdorf- la pedagogía se supedita a la política, la política se identifica con el Estado, y la educación es inspeccionada por el gobierno. Dicho de otro modo, el segundo polo aproxima tanto el gobierno a la universidad, que universidad y Estado parecen confundirse.

Origen seminal de la Universidad Católica

Estos y muchos otros elencos coincidentes en la fenomenología universitaria del siglo XIX, proyectados al que ya se halla en su ocaso, el XX, no dejan de mencionar el corte francés napoleónico, bien juzgado a mi ver por el profesor Gusdorf en su obra “L’Université en Question”.

Así que nos allegamos al momento de señalar el sentido *institucional* de las hoy conocidas como *universidades católicas*. Las del Medioevo fueron hijas de otro clima cultural, ciertamente de fe y de vuelo teocéntrico. Y serían muy de su momento los *confesionalismos* resultantes de las dos Reformas: la luterana -universidades *reformadas* o las de sesgo calvinista-, a diferencia de las nacidas bajo el espíritu de Trento. Pero las universidades formalmente denominadas *católicas* fecundan su semilla durante la Restauración social, política y geográfica e la Europa continental, tras el deceso de Napoleón. La Restauración también fue *educativa*, dada la causa de la Iglesia, de la francesa en particular, en defensa de la libertad de enseñanza arrasada por la vigencia de la leyes napoleónicas. En un principio, pues, *universidad católica* significó el triunfo de un anhelo de libertad, paulatinamente condensado, por oposición al secularismo y al laicismo educativos, en *instituciones* educativas católicas: escuelas, colegios o universidades, hoy extendidas por el mundo.

3. Hacia el Siglo XX: Uniones, Interrogantes y Proyecciones universitarias

Llegaba a su culmen el siglo XIX, y Rashdall, historiador de la universidad medieval (1895), sobrevolando siglos tuvo la osadía de pronosticarle futuros a la universidad que los sería del vigésimo. En muchas cosas acertó: rasguños de la desformalización educativa, educación a lo largo de la vida... Pero desde la ampolla cristalina del historiador no podía anunciarse el desastre de dos Guerras mundiales, intermediadas por una crisis financiera de dimensiones orbitales.

Concluida la Segunda contienda bélica, 1945, el mundo se repiensa, y todo en el mundo repiensa su futuro. Lo político, o cultural, lo educativo y universitario, lo religioso... Las Naciones, unidas en organización desde 1945, crean la UNESCO (1946). La *cultura* y la educación son primordiales para la comprensión, la reconstrucción y la paz del mundo.

Uniones

Las universidades se *unen* nacional, continental e internacionalmente. La Asociación Internacional de Universidades, la AIU, que data de la época de la Liga de las Naciones, en 1965, en Tokyo, sanciona el documento "University Autonomy. Its Meaning Today", expresivo de los ejercicios autónomos para conformar orgánicamente la corporatividad de sus recursos humanos: autonomía de organización y gobierno; deciden de su función investigativa, docente y de servicio: autonomía académica, y rigen el manejo de sus recursos, físicos, técnicos, y financieros y económicos: autonomía administrativa. Bien había dicho d'Irsay que, desde su origen, las *universitas* fue, a la vez, "*Idea y Orden*", o conjunción institucional de una especie de *civitas academica* que en el anverso exhibe su faz de *civitas politica*.

Idea y orden están llamadas a seguir siendo las muchas instituciones de educación superior, oficiales o privadas, nacidas las más en la segunda mitad del siglo XX, con muy variadas y polisémicas denominaciones institucionales. Domina el nominativo *universidad*. Pero desde el siglo XIX, por la diversificación de los sistemas

educativos formales, el hoy conocido como nivel *postsecundario* abriga por igual escuelas, colegios, institutos, politécnicos, tecnológicos, y otras más variedades nominales, adicionales, según los casos, con la memoria y consagración el fundador, del patrono, de las notas universitarias institucionales, de la nacionalidad o regionalidad, del lugar geográfico, de la rosa de los vientos que orienta al navegante, de las dedicaciones académicas o profesionales, de los principios rectores, de las ideologías políticas o filosóficas, de los acrónimos o de las confesionalidades... Que de todo se da en la viña universitaria.

En ese *modo* están incluidas las instituciones o *universidades católicas*. Dizque al irlandés George Bernard Shaw le vino en mente manifestar su extrañeza por la expresión *catholic university*. La juzgaba contradictoria. Al menos la sátira demuestra que en la casi centenaria vida del autor, ya gozaban de peso y reconocimiento *institucional* las universidades católicas. Para nosotros, *catholic* significa la *universalidad* como nota que es de la universidad histórica; la *apertura* ecuménica del mensaje evangélico; el testimonio o *confesionalidad* institucional manifiesta, y el *respeto* debido a la conciencia individual de quienes conforman la corporatividad. ¿Acaso las universidades pueden carecer de principios conductores y orientadores de sus misiones, funciones y notas institucionales?

Así entendida la naturaleza de la confesionalidad, la Federación Internacional de Universidades Católicas, FIUC, erigida por Pío XII en 1950 mediante la carta apostólica "Catholicae studiorum universitates", a todas las acoge, cualquiera sea la cultura nacional en donde estén insertas. Universidades católicas las hay por todo el orbe: fundadas o restauradas, como en Latinoamérica, de su pasado colonial; dependan o no de la jerarquía eclesiástica, y expresen o no, en sus razones institucionales y sociales, el distintivo de *católicas*. En el fondo, a todas las une la inspiración de la fe.

58

En Latinoamérica -aceptemos este inciso retrospectivo- la universidad fue transplante del corte renacentista español del siglo XVI, modelado según los estatutos de Salamanca y Alcalá de Henares. Por distintos acuerdos entre el papado, la corona y las comunidades religiosas, irían naciendo universidades en Santo Domingo (1538), México (1551), Lima (1551)... En 1767, Carlos III de España suprime

de sus dominios regios la obra apostólica y educativa de la Compañía de Jesús. Había por entonces, en la tierra nueva latinoamericana, más universidades que en la metrópoli ibérica. Después, el secularismo oficial que alentó la cuna de las nacientes repúblicas subcontinentales en el siglo XIX, arrasa con las restantes universidades subsistentes desde el colonaje español. Sólo una, en gracia de su muy singular y muy peculiar norma estatutaria fundacional, se mantiene en pie desde su origen eclesial (1653); la hoy denominada Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en Bogotá, Colombia.

Hubo una *“ruptura bastante radical entre una y otra época”*, escribe Emilio Fermín Mignone, que dejó el campo raso, en América Latina, al laicismo profesionalista del modelo universitario napoleónico. Sería necesario dar espera a la fundación de la Universidad Católica de Chile (1888); a la restauración de la Universidad Javeriana (1930), y a la fundación de la Pontificia Universidad Católica Bolivariana (1936) en Medellín, para pensar que estaba ya sembrada la semilla institucional de la universidad católica en su moderno significado. Exceptuados Cuba, Costa Rica y otros contados países del continente, en todos hay al menos una universidad católica.

Hoy, bajo el alero de la FIUC, las universidades católicas reafirman su categoría de ciudadanas del mundo universitario, dada su acción promotora de la *educación superior-higher education*- en el sentido de suprema etapa del sistema educativo *formal*. Participan del sentido de la autonomía arriba señalado, porque las universidades católicas avalaron, presentes o ausentes, la declaración de Tokyo.

Interrogantes y Proyecciones

Hermanadas con sus pares universitarios de muy variada naturaleza institucional, todas las universidades católicas vienen participando de las *inquietudes* y la angustia *proyectiva* hacia los futuros inmediatos. Es que silenciadas y depuestas las armas de la Segunda Guerra, llueve prolífica la literatura universitaria, documental y bibliográfica, emanada de innumerables Foros, Congresos, Asambleas, Simposios, Encuentros, Conferencias, Mesas redondas, Paneles...: nacionales, continentales, internacionales, o de afinidad institucional. También,

de Institutos universitarios dedicados al estudio de la Educación Superior como campo específico de reflexión académica.

Desde la segunda postguerra, las proyecciones se desplazaron por decenios: Que si la Universidad hacia los Setenta, hacia los Ochenta o los Noventa y, desde fechas más apremiantes, hacia el 2000. Abundan los eventos educativos y universitarios. En sus reportes, anales o *proceedings*, es fácil espigar los sucesivos intereses que han aflorado en el descenso del siglo XX:

El cambio, la adaptación y la disparidad. El incremento estudiantil en pugna con la calidad académica. La preparación y calidad del profesorado. La diversificación y el ingreso a los sistemas postsecundarios. La academia, las profesiones, la empresa, el trabajo y el empleo. El diálogo interdisciplinario. El Espíritu y la afición investigativa de profesores y estudiantes. La tecnología, la ciencia y la investigación. La investigación y el desarrollo sostenible. El medio ambiente. La educación no formal, abierta y a distancia. La informática y el proceso educativo: ¿aporte bienvenido o invasión indeseable?. La universidad, el Estado, y la autonomía y las libertades académicas. El gobierno de la universidad y la participación en los planes y decisiones. La cultura en toda su riqueza. La administración universitaria frente a la administración empresarial: ¿quién enseña a quién?. La financiación universitaria: la universidad, ¿es cara o es costosa?. La excelente calidad y cuantos atributos con ésta se relacionan. Hoy, y muy de moda, la acreditación oficial o por pares, porque a la sociedad y al Estado las universidades deben rendirles cuenta clara de sus acciones: *accountability*.

De todos estos interrogantes y angustias proyectivas participaron y aún participan las universidades católicas del mundo, varias o muchas, consignémoslo como de paso, también agitadas y conmovidas por las bataholas estudiantiles de los sesenta y los setenta. Ora politizado, ideologizado o idealista; ora folklórico, musicalizado, liberado, drogado, sexualizado y erótico; ora comercializado, y ora moralizante a su manera, el jolgorio estudiantil batallaba contra la universidad como institución: ¿Debe subsistir?. ¿Es el sistema, es del sistema, es establecimiento corrupto y depredador del medio ambiente!. ¡La Universidad debe sucumbir bajo su ruina secular!. El bullicio estudiantil

ofreció y mantiene estimulantes motivos de reflexión: ¿Subsiste hoy algo de la denominada *ética de los sesenta*? Algunos revoltosos de esos años, hoy gobiernan en países del planeta, luchando guerras o buscando la paz.

No faltaron, en esos decenios de marras, plumas y acciones, europeas y latinoamericanas, que asolaban las razones de subsistencia de la universidad católica, carente ya de los motivos de amparo ante el laicismo sectario. Abiertas al profesor católico las puertas de la universidad laica, ¿a qué fin esos bastiones de confesionalidad religiosa? Pero las críticas, que paradójicamente evidencian el peso institucional de la universidad católica, agudizaron reflexiones, iluminadas por...

4. El Concilio Vaticano II y sus proyecciones en la Universidad Católica

El Concilio fue anunciado por el papa Juan XXIII el 25 de enero de 1959; lo convoca él mediante la Constitución apostólica "Humanae salutis", y lo instaura el 11 de octubre de 1962. Concluye el Concilio bajo el pontificado de Paulo VI, el 8 de diciembre de 1965. En el lapso de los preparativos conciliares hubo consultas dirigidas a las Universidades y Facultades Católicas.

En la "Divini illius Magistri", Pío XI le había marcado ápice a la doctrina católica sobre la educación, estructurada en torno a los derechos "*de servicio*", uno de estos el derecho natural a la educación de la persona humana, vigorosamente defendido por Pío XII, en el Radiomensaje navideño de 1944, del arrebato totalitarista. A partir de estas y otras doctrinas pontificias, el Vaticano II da paso adelante en la "Gravissimum educationis momentum", sobre la educación cristiana.

Afirma el Concilio que "*el deber de la educación corresponde a la Iglesia, no sólo porque ha de ser reconocida también como sociedad humana capaz de educar, sino, sobre todo, por el deber que ella tiene de anunciar a todos los hombres el camino de salvación; de comunicar a los creyentes la vida de Cristo, y de ayudarles con preocupación constante para que puedan alcanzar*

la plenitud de la vida". (Gravissimum...,3). De donde proclama el Concilio "el derecho de la Iglesia a establecer y dirigir libremente escuelas de cualquier orden y grado". (Gravissimum...,8).

Bajo el concepto histórico y genérico de *escuela* el Concilio inscribe las instituciones escolares, también las universidades, en una u otra forma dependientes de la Iglesia -escuelas católicas-, concepto extensivo a las instituciones educativas que participantes del espíritu eclesial, tienen, como "notas distintivas, crear un ambiente de comunidad escolar animado por el espíritu evangélico de libertad y caridad", el "desarrollo de la persona", y el ordenamiento de la "cultura humana según el mensaje de salvación", y abierta "como conviene a la condiciones del progreso" de "la ciudad terrena". (Gravissimum...,8).

4.1 La doctrina eclesial en orden a la Universidad Católica

Desde su origen, la doctrina educativa eclesial ha tenido apoyo en las palabras de Cristo cuando dijo a sus discípulos: Porque "me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra, id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros hasta la consumación del mundo". (Mt. 28,18-20).

Este texto, que sustenta los derechos y deberes educativos de la Iglesia en la doctrina conciliar vaticana, también le da pie firme a la universidad católica para que en eventos como los arriba recordados, haya venido precisando el diseño de su institucionalidad, ciudadana de la universalidad universitaria.:

De entrada , que inscrita en las reflexiones en torno a los *modos de ser universidad*, arriba señalados, hay un *modus essendi* propio de la universidad católica. Según éste, la universidad católica ha de ser, ontológicamente hablando y por encima de todo, *universidad*, pues sólo así puede izar dignamente la insignia de católica.

Juan Pablo II, en la "Constitución Apostólica sobre las Universidades Católicas", pondera el sustantivo universidad y el atributo de

catolicidad. Por los primero, *“en cuanto universidad”*, la universidad católica *“es una comunidad académica, que, riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades. Ella goza de aquella autonomía institucional que es necesaria para cumplir eficazmente sus funciones y garantizar a sus miembros la libertad académica, salvaguardando los derechos de la persona y de la comunidad dentro de las exigencias de la verdad y del bien común”*. (Constitución, 12). Estos principios en concreto los referidos a la autonomía, aparecen anticipados por el Concilio en la *“Gaudium et Spes”*: *“Porque la cultura, por dimanar inmediatamente de la naturaleza racional y social del hombre, exige siempre una justa libertad para desarrollarse y una legítima autonomía en el obrar según sus propios principios, tiene, por tanto derecho al respeto y goza de una cierta inviolabilidad, quedando a salvo, por supuesto, los derechos de la persona y de la sociedad, local o mundial, dentro de los límites del bien común”*. (Gaudium, 59).

En cuanto al atributo, el *modus essendi*, la institución universitaria que también es católica -lo cual en nada le impide ser libre-, debe garantizar -prosigue la Constitución, 13, 2-4-, *“una presencia cristiana en el mundo universitario frente a los grandes problemas de la sociedad y de la cultura”; propiciar “continua reflexión a la luz de la fe católica sobre el creciente tesoro del saber humano, al cual trata de contribuirle con las propias investigaciones”; ser fiel “la mensaje cristiano tal como es presentado por la Iglesia”, y disponer su “esfuerzo institucional al servicio del pueblo de dios y de la familia humana en su itinerario hacia el objetivo trascendente que le da sentido a la vida”*.

Es obvio que estos deberes institucionales deben ser respetuosos de la libertad de conciencia religiosa, pues acontece que algunos, muchos quizás, o la gran mayoría de los miembros de la corporación universitaria, no profesen la fe católica. A toda la comunidad universitaria, independientemente de la religión y las creencias, la universidad católica está obligada a serle un ambiente acogedor y comprensivo, ya que *“el derecho a la libertad religiosa se funda realmente en la dignidad de la persona, tal como se conoce por la palabra*

revelada de dios y por la razón natural". ("Dignitatis humanae", 2). De modo similar, y aparte de lo religioso, el medio de la universidad católica ha de ser propicio para superar todos aquellos factores que tienden a hundir distanciamientos sociales: raza, sexo, origen y nacionalidad, condiciones de vida y tantos otros.

4.2 Consideraciones fundamentales sobre la Universidad Católica

En virtud de su naturaleza universitaria, *"la universidad católica es, por consiguiente, lugar donde los estudiosos 'examinan a fondo la realidad' con los métodos propios de cada disciplina académica, contribuyendo así al enriquecimiento del saber humano"*. Este texto de la Constitución, 15, induce cuatro consideraciones fundamentales:

La causa de la verdad

La universidad católica en cuanto universidad, y a la manera de las grandes universidades del mundo, está abierta al universo del saber humano en todos sus campos, desarrollos y aplicaciones, de manera que a todos se los estudie, con su métodos propios, *sub specie veritatis*; vale decir, por la *"la causa de la verdad"*. (Constitución, 4). *"The University"* -también lo dijo Jaspers en "The Idea of the University"- *is a community of scholars and students engaged in the task of seeking truth*".

La Gaudium et Spes, 5, es explícita sobre el reto lanzado por el asombroso incremento del saber: *"La inteligencia humana aumenta su imperio". "Los progresos de las ciencias biológicas, psicológicas y sociales permiten al hombre no sólo conocerse mejor; sino aun influir directamente sobre la vida de las sociedades por medio de los métodos técnicos". "La humanidad pasa así de una concepción más bien estática de la realidad a otra más dinámica y evolutiva, de donde surge un nuevo conjunto de problemas que exige nuevos análisis y nuevas síntesis"*. ¿Puede acaso la universidad católica eludir estas responsabilidades?

El diálogo de las ciencias

Si, como dice la Constitución, 15, *“cada disciplina ha de estudiarse de acuerdo con su métodos propios”*, la segunda consideración deriva a la necesidad del *“diálogo entre las diversas disciplinas”*, no sólo para que entre sí se enriquezcan, sino a fin de hacer posibles los nuevos análisis y las nuevas síntesis de que habla la Gaudium et Spes. *“Todas las ramas del conocimiento se interconectan -había escrito el futuro Cardenal John Henry Newman- porque el conocimiento es uno al ser acto del Creador. De donde deriva que las ciencias en las que el conocimiento se reparte, tengan entre sí múltiples relaciones e interna simpatía, y admiten y aun demandan comparaciones y ajustes. Las ciencias se complementan, se corrigen, se equilibran”*.

En 1970, N:A: Luyten nos planteó que la universidad primitiva, erigida sobre la tesis clásica de la unidad del saber, a partir de las revoluciones científica e industrial debe habérsela con la *antítesis* de dispersión explosiva de los conocimientos, de consecuencia, de necesidad, hoy más apremiante, de procurar alguna *síntesis* que sin pretensiones regresivas, vitalice las debidas *relaciones* entre las ramas del acervo cognoscitivo: fundamental, especializado, profesionalizado, tecnologizado. Es la *Interdisciplinariedad*. Porque ha llegado el momento, dice la Gaudium et Spes, 56, de preguntarnos *“cómo la tan rápida y progresiva ‘dispersión’ de las disciplinas científicas puede armonizarse con la necesidad de formar una ‘síntesis’ y de conservar en los hombres las facultades de la contemplación y de la admiración que llevan a la sabiduría”*. Es que ha surgido en el hombre *“el desequilibrio entre la inteligencia práctica moderna y una forma de conocimiento teórico que no llega a dominar y ordenar la suma de sus conocimientos en ‘síntesis satisfactoria”*. (Gaudium, 8).

Síntesis que hoy se busca, incluidas la filosofía y la teología, mediante las relaciones interdisciplinarias. Dice la Constitución, 15 y 20: *“Dados los íntimos nexos entre la investigación y la docencia”, y “mientras cada disciplina se enseña de manera sistemática y según sus propios métodos, la ‘interdisciplinariedad’, apoyada por la filosofía y la teología, ayuda a los estudiantes a adquirir una visión*

orgánica de la realidad y a desarrollar un deseo incesante de progreso intelectual. En la comunicación del saber se resalta cómo la 'razón humana en su reflexión' se abre a cuestiones cada vez más vastas y cómo la respuesta completa a las mismas proviene de lo alto por la fe. Además, 'las implicaciones morales', presentes en toda disciplina, son consideradas como parte integrante de la enseñanza de la misma disciplina; y esto para que todo el proceso educativo esté orientado, en definitiva, al desarrollo integral de la persona. En fin, la teología católica, enseñada con entera fidelidad a la Escritura, a la Tradición y al Magisterio de la Iglesia, ofrecerá un conocimiento claro de los principios del Evangelio, el cual enriquecerá el sentido de la vida humana y le conferirá una nueva dignidad".

La interdisciplinariedad no es tarea fácil. Hay documentos que enseñan su ejercicio; acudamos a ellos. La interdisciplinariedad supone las especialidades científicas. Pero militan contra ella las visiones y las actitudes egoístas y excluyentes de algunas facultades universitarias y de no pocos especialistas opuestos a entablar relaciones con las múltiples ramas del conocimiento, por juzgarlas ajenas y distantes de cada dominio personal. De donde resulta que la filosofía y a teología sean las menos bienvenidas al convite interdisciplinario. Otras disciplinas se creen competentes para llenar los espacios debidos a las reflexiones éticas en torno a los comportamientos indiscretamente absolutistas de las otras disciplinas del saber, cada una de las cuales, intentando imponer sus principios, muchas veces olvida los destinos superiores de la persona y de la vida. Había escrito Newman: *"Si a cualquiera de las ciencias se la extrae del círculo del conocimiento, es imposible conservar el espacio vacío; esa ciencia pasa a ser ignorada y las restantes se cierran excediendo los propios derechos hacia los dominios que no les pertenecen".*

Más imperativa es la interdisciplinariedad cuando sus operaciones deben concertarse para el estudio y solución de los grandes *problemas* que hoy agobian a las sociedades del mundo: la justicia, la educación, la salud, las diversas formas de relación entre los hombres, el habitat y el deterioro ambiental, y tantos otros problemas que por ser inclasificables, desbordan las posibilidades de asignarlos, para su análisis y síntesis de solución, a las facultades universitarias uniprofesionales, tan sumisas al arreglo ya establecido de las disciplinas y de los oficios.

Las universidades, mientras se dispersan y aíslan en facultades y escuelas; en ciencias y especialidades, y en carreras y programas, olvidan que la sociedad abunda en problemas complejos que demandan la acción interdisciplinaria que despeje la encrucijada de las realidades sociales de nuestros días. En esta acción convergente y unitaria es insustituible el aporte filosófico y teológico.

La Universidad Católica es algo más

La consideración que ahora concluye, enlaza con la tercera que arriba anunciamos, coincidente con otra nota característica de la universidad católica. Esta, en razón de su universalidad científica, está llamada a ser algo más que sus instituciones congéneres por centralidad nuclear que ella le reconoce a la filosofía y la teología. Ambas disciplinas están orientadas a la búsqueda de las más hondas dimensiones del discurso científico en torno al orden natural, y al orden trascendente en la convergencia del entendimiento que busca la fe, y de la fe que busca la acción intelectual: *"Intellege ut credas; crede ut intellegas"*, invitación de San Agustín para también darle al mundo moderno respuestas sobre la relación entre la razón y la fe. (Constitución, 5), relación sustentada por Newman al defender el legítimo derecho de la ciencia teológica para hacer parte del conjunto universitario.

La encíclica "Fides et ratio", tema escogido por Juan Pablo II con motivo de su vigésimo aniversario en el ministerio papal, 1998, reitera cuál deba ser la actitud de la razón humana frente a los misterios revelados por la sabiduría bíblica interpretada por la tradición cristiana y el magisterio eclesiástico. Es la unión de las formas complementarias de la sabiduría: *"la 'filosófica', basada en la capacidad del intelecto para indagar la realidad dentro de sus límites connaturales, y la 'teológica', fundamentada en la Revelación y que examina los contenidos de la fe, llegando al misterio mismo de Dios"*. (Fides et ratio, 44).

67

La Universidad Católica, un Medio educativo

Es deseo de la Iglesia que la búsqueda de la verdad y el enlace interdisciplinario de las ciencias con la filosofía y la teología, sean

notas características de sus universidades. Pero procede anotar aquí, a propósito de nuestra cuarta consideración, que consciente el Concilio de las varias situaciones de las universidades católicas, se limita a recomendar la conveniente promoción y distribución, en todas las partes de la tierra, de Universidades y Facultades católicas, de suerte que si no tanto por su número, más *“sobresalgan por su consagración a la ciencia”*. (Gravissimum., 10). Donde exista en la universidad católica la Facultad de Teología, debe esta destacarse por ocupar de modo eficaz y en todos los aspectos académicos y administrativos, la posición que le compete de ser la *prima inter pares*.

Este debe ser competente a quienes rigen la alta gestión de las universidades católicas y, sobra decirlo, a los profesores de teología y filosofía. A los primeros, la Fides et ratio les solicita *“dedicar particular atención a las implicaciones filosóficas de la Palabra de Dios y reflexionar sobre las dimensiones especulativas y prácticas de la ciencia teológica”*, porque *“la relación íntima entre la teología y el saber filosófico es una de las riquezas más originales de la tradición cristiana en la profundización de la verdad revelada”*. A su turno, a los profesores de filosofía *“para que tengan la valentía de recuperar, siguiendo una tradición perennemente válida, las dimensiones de auténtica sabiduría y de verdad, incluso metafísica, del pensamiento filosófico”*. Y si la universidad católica ha de procurar el diálogo interdisciplinario, la *Fides et ratio* extiende su consejo a los *“científicos”*, conscientes de que *“la búsqueda de la verdad, incluso cuando esta atañe a una realidad limitada del mundo o del hombre, no termina nunca. Remite siempre a algo por encima del objeto inmediato de los estudios; a los interrogantes que abren el acceso al Misterio”*. (Fides et ratio, 105-106).

Imaginación y recursividad requieren las universidades católicas carentes de la Facultad de Teología y Filosofía, para que tomadas en cuenta sus realidades y recursos, actúen, al modo universitario, el espíritu evangélico, no sólo en las actividades académicas, incluida la interdisciplinariedad, sino en tantas otras de la vida universitaria, sin dejar de lado el ministerio pastoral. A todos en la universidad hay que hacerles sentir que Cristo es *“el camino, la verdad y la vida”*. (Jn. 14,6), y que todos participan de la conciencia moral que une a los cristianos con los demás hombres para buscar la verdad y resolver

con acierto los numerosos problemas morales que se les presentan al individuo y a la sociedad. (Gaudium..., 16). Toda universidad, lo dice Newman, ha de ser un “*medio educativo*”.

En Latinoamérica, la *pastoral universitaria* busca conjugar la administración de los sacramentos y la dirección de los espíritus, con la asesoría psicológica y con la acción social en beneficio de los más desprotegidos de la sociedad. Todos estos y otros modos pastorales confluyentes en la pastoral de la inteligencia que fortalezca el racional obsequio de la fe.

5. Los ecos del Concilio en las Universidades Católicas de Latinoamérica.

Los aires nuevos del Concilio Vaticano II se dejaron sentir con primera frescura en las Universidades Católicas de Latinoamérica. De 1967 es el documento “La Universidad Católica hoy” del Encuentro promovido por el Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM, que sesionó en Buga, Colombia. El documento, inspirado en el Concilio, produjo inquietudes teológicas, y bien o desviadamente interpretado, conmovió las estructuras administrativas y de gobierno universitario.

Poco después, en 1968, vino el “Mensaje a los Pueblos de América” suscrito en Medellín, Colombia, en la II Conferencia General del CELAM. En el continente latinoamericano se conmemoraba el cincuentenario del movimiento estudiantil cordobés de Argentina (1918). Éste, anheloso de autonomía universitaria, no la fincó en la autoridad responsable de la ciencia y el poder del saber, sino en los procesos participativos electorales conducentes a la participación estamentaria en el cogobierno de las universidades. También, 1968 fue el año de la agitación estudiantil mexicana, clausurada con sangre y muerte en la Plaza de las Tres Culturas: Tlatelolco.

El Mensaje de Medellín es crítico. Afirma que, pese a los esfuerzos realizados, la educación deja a la zaga amplios sectores “*marginados*”, y que urge capacitarlos para que con su propia ayuda se integren a la cultura. Advierte que los sistemas educativos, por estar “*más orientados al mantenimientos de las estructuras sociales y*

económicas”, “sostienen el ansia de ‘tener más’; y que mientras “la juventud latinoamericana exige ‘ser más’ en el goce de su autorrealización por el servicio y el amor”, la universidad más se ajusta “a las exigencias de los mercados de trabajo”. Deplora que la universidad católica no hace lo suficiente “en la instauración del diálogo entre la Teología y las diversas ramas del saber”. En fin, el Mensaje se manifiesta ansioso de una “educación liberadora” para que la persona integralmente formada, pueda “redimirse de las servidumbres injustas” y del “propio egoísmo”.

Con mitigado énfasis, el mensaje de Medellín les recuerda a las Universidades Católicas del continente *“que deben ser ante todos universidades, es decir, órganos superiores consagrados a la investigación y a la enseñanza, donde la búsqueda de la verdad sea un trabajo común entre profesores y alumnos y así se cree una cultura en sus diversas manifestaciones”*; y les reitera la necesidad del *“diálogo de las disciplinas humanas entre sí, por una parte, y con el saber teológico por otra, en íntima comunicación con las exigencias más profundas del hombre y de la sociedad, respetando el método propio de cada disciplina”*; y que *“para ello la enseñanza teológica debe estar en todos los sectores de la universidad en armónica integración”*. También, que las universidades católicas *“han de esforzarse por integrar activamente a sus profesores, alumnos y graduados en la comunidad universitaria, suscitando su respectiva responsabilidad y participación en la vida y quehacer universitario, en la medida en que las circunstancias concretas lo aconsejen”*. De esta manera, la universidad mejor se integra *“a la vida nacional y responde con espíritu creador y valentía a las exigencias propias del país”*. *“Para la constante renovación de las tareas universitarias es importante promover una permanente evaluación de los métodos y estructuras de nuestras universidades”*.

La III Conferencia General del Episcopado latinoamericano, reunida en Puebla en 1979, anota que *“la secularización de la cultura y los progresos de la tecnología y de los estudios antropológicos y sociales ponen una serie de interrogantes sobre el hombre, sobre dios, y sobre el mundo. Estos produce confrontaciones entre la ciencia y la fe y entre la técnica y el hombre, especialmente para los creyentes”*, mientras *“las ideologías en boga saben que las universidades*

son un campo propicio de infiltración y para obtener el dominio en la cultura y en la sociedad”.

Así el deber de las universidades católicas para *“formar verdaderos líderes”* y *“dar a conocer el mensaje del Evangelio”* en los medios universitarios. *“Respetando la libertad académica, inspirando su función creativa”* y *“baciéndose presente en la educación política y social de sus miembros”*, la universidad católica, *“iluminando la investigación científica”*, cumple *“una función clave para la evangelización”*; *“de lo contrario, perdería un lugar decisivo para iluminar los cambios de estructuras. La Universidad Católica, “vanguardia del mensaje cristiano en el mundo universitario, está llamada a un servicio destacado en la Iglesia y la sociedad”*. No le es fácil a la universidad católica mantener este sello institucional si se tiene en cuenta el *“el mundo pluralista”* que la rodea. Pero esto debe estimularla, en cuanto universidad católica, para *“sobresalir por la seriedad científica, el compromiso con la verdad, la preparación de profesionales competentes para el trabajo y por la búsqueda de soluciones a los más acuciantes problemas de América Latina”*.

En *“el diálogo de las diferentes disciplinas entre sí, y especialmente con la teología; en la búsqueda de la verdad como trabajo común entre profesores y estudiantes, y en la investigación y la participación de todos en la vida y quehaceres universitarios, cada cual según su competencia, debe la universidad católica ser ejemplo de cristianismo vivo y operante”*. (Puebla, nn. 1051 y ss.).

6. Las urgencias universitarias

En 1968, año del mayo parisiense, Paul Ricoeur anotó que las universidades del mundo se encuentran presionadas por una triple *“urgencia”*: la urgencia *“crítica”*, la urgencia *“política”* y la urgencia *“cultural”*.

Son apremios entrelazados, indisolubles, que obligan más agudas reflexiones sobre las *notas* características de las universidades como corporaciones científicas, universales y autónomas; sobre cómo avisar sus *misiones* en orden a la persona, la ciencia y la sociedad, y cómo,

en consecuencia, proseguir en el desempeño de las *funciones* docentes, investigativas y de servicio. Reflexiones que estimulan por igual a todas las universidades. ¿Acaso no a las católicas en su trabajo apostólico y científico en la actual situación del mundo?

La *Gaudium et Spes*, 84, reconoce cuán "*beneméritas*" han sido las "*instituciones internacionales, mundiales o regionales*", "*para solucionar los gravísimos problemas de hoy, señaladamente para promover el progreso en todas partes y evitar la guerra en cualquiera de sus formas*".

Lo *internacional* es concepto que nació con las relaciones entre los Estados-nación, condensados desde el siglo XIX en torno a los principios soberanos de la cultura nacional, la organización política, el territorio, y la posesión, el manejo y el uso de los recursos naturales y del orden económico.

Este último principio, lo reconoce el Concilio, se destaca porque a su imperio van surgiendo los conceptos de trans-nacionalidad, de multi-nacionalidad y de supra-nacionalidad. A las naciones, en sus acuerdos y nexos internacionales, más las regían los antedichos principios soberanos constitutivos, antepuestos a lo económico. Pero en lo *transnacional* y lo *multinacional*, formas de relación obligadas por la economía empresarial, parece que aquellos han aceptado ponerse en plan de igualdad con lo económico y hablar de tu a tu. En los *supranacional* la economía se sobrepone a los principios de la nacionalidad soberana, e hijo del lenguaje de los economistas es el neologismo *globalización*.

Simplificando al máximo, esta palabra, hoy tan mentada, parece resumir bien las múltiples dimensiones del escenario globalizado del futuro. Dos son las dominantes según Y. Sakamoto, editor de un estudio reciente de la Universidad de las naciones Unidas: la *internacionalización y la democratización globalizadas*. La primera se superpone a los conceptos de sociedad local, región y Estado nación. Y esto en tal forma "*que es ya común decir en el mundo contemporáneo, que ningún estado 'soberano' puede actuar en aislamiento de los restantes o dejándolos de lado porque se causaría a sí*

mismo un gran daño. La 'impermeabilidad' que caracterizó el modelo clásico de estado soberano, está amenazada". La segunda dimensión se cruza por entre los factores demográficos de clase, raza, etnia, género, edad, situación, religión..., que apuntan a la compleja concepción de sociedad.

Al ritmo de estos cambiados arbitrios -destaquemos de nuevo lo económico-, y entre la variada interpretación de los derechos humanos, corre la suerte de la tan deseada "*solidaridad*" entre los pueblos, hoy entretreídos en un mundo que se achica, como "*aldea global*", por el proteccionismo; por las abultadas migraciones; por la trans, multi y supranacionalización de las empresas; por la conciencia universalizada del problema ecológico; por el emparejamiento de las culturas, dado el auge expansivo de la tecnología informática que tanto influye en la configuración del trabajo y del empleo; aun por la internacionalización del crimen organizado, y por la época en que el mundo se adentra, denominada *sociedad del conocimiento*.

Todo esto y algo más pone a prueba la actitud de las universidades, entre ellas las católicas, frente a las *urgencias* indisolubles que arriba dejamos apuntadas: la crítica o adecuado juicio sobre lo político y lo cultural.

La cultura

"¿Cómo explicar la sorprendente actualidad de la cultura en el lenguaje social de hoy", se pregunta Hervé Carrier. Los Estados le crean Ministerios o instituciones para mantenerla, enriquecerla y defender su carácter nacional. Los Congresos y Conferencias universitarias incluyen en sus agendas de trabajo la misión cultural de las instituciones del saber superior.

La Gaudium et Spes, 53, tras indicar lo que pueda entenderse por cultura: *"afinamiento y desarrollo de las cualidades espirituales y corporales del hombre para someter, con sus conocimientos y trabajo, el orden terrestre y hacer más humana la vida social"*, nos había anticipado una respuesta al sorpresivo afán por la cultura. Es que *"el género humano se halla hoy en un período de su historia,*

caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al mundo entero. “*Son cambios causados por el hombre con su inteligencia y su dinamismo creador*”; pero esos mismos cambios “*recaen luego sobre el hombre con su inteligencia y su dinamismo creador*”; pero esos mismos cambios “*recaen luego sobre el hombre, sobre sus juicios y deseos individuales y colectivos, sobre sus modos de pensar y sobre sus comportamientos para con las realidades y las personas con quién él convive*”. “*El espíritu científico modifica profundamente el ambiente cultural y las maneras de pensar. La técnica con sus avances está transformando la faz de la tierra*”.

Movido por esta englobante realidad de un cambio de civilización, Juan Pablo II, el 20 de mayo de 1982, creó el Consejo Pontificio de la Cultura para discurrir que si el hombre es el “*autor de la cultura*”, él “*también siente la responsabilidad de alimentarla y de proceder ante las ‘antinomias’*” que los cambios culturales plantean. La *Gaudium* las señala: Qué hacer para no conturbar la vida de las comunidades ni echar por tierra la sabiduría de los antepasados, por efecto de la intensificación de las relaciones interculturales. Cómo favorecer el dinamismo y la expansión de la nueva cultura sin que perezca la fidelidad viva a las herencias de las tradiciones. Cómo lograr que todos participen de los bienes culturales, si la cultura de los especialistas se hace cada vez más inaccesible. Cómo reconocer la legítima autonomía de las culturas, sin llegar a un humanismo meramente terrestre y aun contrario a la religión.

En medio de estas y otras antinomias, el Concilio aconseja el vigoroso desarrollo personal y social que a todos nos ayude, “*y de modo principal a los cristianos*”, para construir una familia humana en donde las ineludibles diferencias culturales sepan vivir en paz.

Los universales de la cultura

74

La cultura personal, tan ligada a la cultura social, concentra entonces nuestra atención en los grandes *universales* de la cultura, llamados así porque en una u otra forma se han dado en todos los tiempos y se dan en todos los lugares del planeta. El Cardenal Newman expresó que tres temas ocupan la mente y los intereses humanos:

"Dios, el hombre y la naturaleza". Luego se puede pensar que los universales de la cultura humana giran también en torno al conocimiento de Dios y su voluntad eterna: cultura moral, ética y religiosa; al conjunto de la cultura social, política, jurídica, económica y laboral, y al de la cultura lingüística y literaria, que unen y acercan entre sí a las personas unidas en sociedad, y a la cultura intelectual, científica, técnica y tecnológica para entender el mundo, respetarlo y perfeccionarlo por la acción que crea la cultura artística objetiva y real, en la cual se incluye la cultura física y deportiva. Tal es el espectro abigarrado de la cultura, gestión cultural de la universidad como educadora del autor de la cultura, que es el hombre. Se sigue así que sobre los universales de la cultura deben coincidir las mencionadas urgencias. Muy en particular, sobre el arco cultural informático que empieza de manera en la gestión educativa:

La tecnología informática

El Concilio la avizoró como factor peculiarmente causante del vuelco cultural. La fusión fecunda de la ciencia y de la técnica: la *tecnociencia* expresada en el binomio verbal copulativo S/T -Science / Technology- tiene en la informática el instrumento más expansivo y penetrante.

El impacto de dos inventos -dice Bernard Jolivald-, es, en impredecible proporción, apenas comparable a revoluciones clave como las causadas por la imprenta y el maquinismo de la Revolución industrial. El *Internet*, tejido desarrollo de varias fuentes de la comunicación y de la información, con aunada visión, color y sonido hace insignificante la distancia física y aun el distanciamiento social de quienes actúan como interlocutores. *"El proteico invento del 'microship', tan diminuto como una uña, pero tan complejo como una ciudad, hecho de la casi nada de arena, agua, algún metal o un componente químico, es, a su manera, más poderoso que una locomotora o un reactor nuclear. Fue inventado hace unos cuatro decenios, y ya nos ha transformado la vida, tanto o más que la máquina de combustión interna o el motor eléctrico. Supera toda previsión y aun amplifica nuestra inteligencia"*. En estos términos dramatiza un editorialista de "Fortune".

Y ¿qué decir del recurso *virtual*? Con antecedentes en el estereoscopio binocular, lo hoy publicitado con tan pungente palabra surge de la fusión artificial de la informática con la robótica y las leyes ópticas, y nos hace percibir la multidimensionalidad del espacio, desbordando las percepciones visuales planas y auditivas de la comunicación y de la información. La virtualidad es de categoría *“equivalente a un vuelco copernicano”*, según expresión de Philippe Quéau. *“Las técnicas virtuales no son simplemente una forma mejorada de mostrar imágenes como en la televisión o el cine”*. Son algo más y en grado diferente porque producen en la persona la sensación de haber sido sumergida en un espacio real, o en un recinto simulado por la imaginación. En un espacio que sólo tiene vida en la pantalla, pero que *“hace trascender el mero ‘percibir’ del espectador hacia el ‘actuar’ del operador”*.

El Internet y la virtualidad ya empiezan a cruzarse con todos los universales de cultura individual, de la social y de las expresiones objetivas de la cultura artística. Por tanto, con los procesos educativos, pedagógicos y didácticos.

La *Gravissimum educationis momentum* (Preámbulo y 1, 18), deseosa de hacer realidad el derecho universal a la educación, tuvo aplausos por *“los maravillosos progresos de la técnica y de la investigación científica”* y los nuevos medios de la comunicación social que tanto contribuyen para *“acercarse con mayor facilidad al patrimonio de la inteligencia y de la cultura del espíritu, y de ayudarse mutuamente con una comunicación más estrecha de los grupos sociales y de los pueblos”*.

Pero hoy la realidad técnica es tan superior a lo previsto por los padres conciliares, que se está suscitando un amplio *debate* sobre la educación en cuanto expuesta a la información invasora. Por lo apasionante, alguno la denominó el *cibersex*.

76

En 1934, T.S: Eliot, en *The Rock*, le planteó al mundo su poética pregunta:

*“Where is the wisdom we have lost in Knowledge?
Where is the knowledge we have lost in information?”*

Años después, el Concilio, en el texto mencionado, les planteó a la educación en general, y a la cristiana en particular, unas metas tan altas que parecen no estar aún garantizadas por el acervo informativo de los medios del acercamiento social. De consecuencia, ahora el debate se reinstaura entre términos como *educar y formar* y sus supuestas antinomias: *informar e instruir*. A cada interlocutor en esta contienda que apenas se reagita, le corresponde precisar el sentido de las palabras en cuestión, o de otras que surjan en el camino. Y debemos aceptar que, como escuelas o universidades católicas, estamos obligados, al igual que todas las universidades, a *urgir* la crítica sobre la política educativa y la cultura, a fin de examinar el *valor educativo y formativo* de tan encumbradas audacias tecnológicas. No se les niega su validez utilitaria. Mas acecha el peligro de confundir y aun de suplantar la profundidad educativa bajo el aliciente sugestivo de la *instrucción fácil* que parece dejar de lado la importancia del inmediato intercambio social en la hechura de la persona, sacrificándole en gran manera al ser humano, por el prurito de *aprendizaje rápido*, el necesario ejercicio de la reflexión intelectual, sustituida por la habilidad. Espigemos opiniones que enriquecen este incipiente debate:

El Internet es incomparable para captar información. Pero, ante tanta abundancia, algunos se preguntan ¿si está en condiciones el estudiante para llevar a cabo la ineludible tarea educativa analítica y crítica?. El libro lo permite. Da tiempo para consultar, investigar, pensar, reflexionar. La encantadora navegación internética deshabitúa al cuidadoso análisis del texto escrito. Sí, se lo puede leer en un *compact*. ¿Por qué siempre sobre papel?. Mas sucede que lo *internético y virtual* apereza la costumbre de obtener información en forma lenta y suave, y con la paciencia requerida para estudiar, investigar y pensar.

De variado e inquietante tono nos viene ahora la opinión de Neil Rudenstein: *"El conjunto de tecnologías conocidas como Internet fortalece y divulga poderosamente algunas de las formas tradicionales más eficaces de enseñanza y aprendizaje en las universidades. Muchas tecnologías las han penetrado con impacto más dinámico y amplio que cualesquiera otros recursos didáctico-tecnológicos en el presente siglo"*. El Internet y lo virtual son ya insinuantes realidades en el acervo de la tecnología educativa. ¿Acaso

nueva moda como en su momento lo fueron la radio y la televisión *“que nos han defraudado con sus promisorias esperanzas, infladas en demasía para el aprendizaje avanzado?”*. Esto tal vez es cierto. Pero se ha demostrado que si la conversación incrementa el aprendizaje, el *“Internet permite la argumentación y el debate, escuchar y reaccionar; y darle soluciones comunes a problemas difíciles”*.

“Es cierto que el contacto humano directo y continuo le es esencial a la educación seria, y que siempre lo será. No existe sustituto alguno del intercambio ‘en vivo’ y frente a frente. Pero también lo es que el Internet amplía y extiende el alcance, la continuidad y aun la calidad, pese a que las comunicaciones electrónicas siempre carecerán de condiciones básicas de la conversación persona a persona”. “El Internet encaja perfectamente en esta visión del aprendizaje. Exige que el estudiante sea activo y dedicado. Que siga pistas. Que distinga lo substancial de lo trivial. Que sintetice el conocimiento adquirido de diversas fuentes y formule nuevos interrogantes. Sentado ante el computador, el estudiante percibe estímulos para realizar cosas, indagar y buscar, en vez de simplemente reaccionar o absorber. Este enfoque es particularmente prometedor en una era en la cual, más que nunca, los estudiantes necesitan mantener su capacidad de aprender con seriedad a todo lo largo de sus vidas y carreras profesionales”.

Pero concluye nuestro autor afirmando y advirtiendo: *“El Internet evidencia su capacidad para complementar, reforzar y mejorar algunos de los más eficaces modos de la enseñanza y el aprendizaje universitario. Mas es bueno ser cautelosos en momentos en que las circunstancias cambian a ritmo rápido... No debemos permitir que el fascinante potencial tecnológico erosione la educación en ve de mejorarla, ni subvalorar la continua necesidad de libros y documentos tangibles. Tampoco nos es lícito desatender la innegable importancia del contacto humano permanente y personal en el proceso de aprendizaje... Toda la información del mundo sería inútil si la usamos sin sensatez. La educación es un proceso humano, una cuestión de valores y acciones significativas, no de simple información y puro conocimiento... La eficacia de las nuevas tecnologías en la educación superior y en la que pretendemos servir; está determinada por la aspiración y las consecuencias que nuestras decisiones generen en los seres humanos”*.

El informe Delors (UNESCO 1996), al paso que pondera la misión socializadora de los trayectos educativos, de manera peculiar en los primeros niveles -*“aprender a vivir juntos, aprender a vivir con los demás”*-, asocia en uno de sus otros títulos las *“sociedades de la información”* con las *“sociedades de la educación”* y le atribuye *“prometedores fines”*. Reconoce que *“si los efectos de la extensión de las redes son todavía limitados debido al número todavía reducido de los poseedores de las técnicas y de la experiencia, todo indica que se trata de un salto revolucionario ineluctable que permitirá transmitir una cantidad de información cada vez más importante en un lapso cada vez más corto”* y en función de la riqueza y poderío de los pueblos del mundo. Pero el citado Informe señala elocuente paradoja: *“La extensión de las tecnologías y de las redes informáticas lleva simultáneamente a favorecer la comunicación con los demás, a veces en escala planetaria, y a reforzar las tendencias a encerrarse y aislarse”*. De otra parte, advierte: *“el acceso al mundo virtual puede conducir a una pérdida del sentido de la realidad (...), con graves consecuencias en los procesos de socialización de los niños y adolescentes”*.

Juan Luis Cebrián, en un Informe al Club de Roma (1995), advierte a su manera pero coincidente con Delors, que el navegante, niño, joven o adulto, puede convertirse en un solitario en trance hipnótico, ensimismado como un adicto que se enchufa en la Red. Que todo lo acepta sin dudar, desprovisto como se encuentra de aquel fragmento de certeza necesario para suscitar interrogantes. Sin embargo, prosigue Cebrián, nos acercamos a pasos de gigante a un mundo digital, y *“los obstáculos que se le oponen no son de naturaleza tecnológica, sino económicos, sociales, políticos y humanos”*. *“La educación también va a verse sacudida”*. De consecuencia, *“los profesores, los padres de familia, los líderes sociales, deben ir acostumbrándose a esta perversión que trata de convertir el conocimiento en ‘show’*. Todo esto *“tiene una incidencia en los sistemas educativos formales de tradición”*. Y *“no es en el mercado, sino el Estado el que debe aceptar la carga de impulsar directamente el desarrollo de las redes, incluso con inversiones públicas. Facilitará así la igualdad de oportunidades”*.

79

Artículo en la prestigiosa revista The Economist (X,4,97), buen escrutador de las filosofías educativas de Guillermo de Humboldt y

de John Henry Newman, apunta con razón que la *“universidad se está haciendo cada vez más permeable por su abrazo con el Internet”*. El cual, *“aunque aún en su infancia, le está dando poderoso estímulo”* a experiencias como las ya muy exitosas Universidades Abiertas. Pero se interroga: *“¿Podrá la magia del Internet solucionar el problema no sólo cuantitativo sino cualitativo de la educación superior masificada?. Esta es apenas una balagüeña esperanza”*. Por el momento, *“el principal fin propuesto a las actuales experiencias (internéticas y virtuales) es la reducción de costos mediante el nuevo recurso tecnológico que hace más asequibles los cursos existentes y sus materiales”*. Y a la un tanto aciaga previsión de Peter Drucker sobre el ocaso de la universidad, opina el artículo citado: *“El advenimiento del ciberespacio, lejos de destruir la universidad, le está proporcionado los medios de llegar a mayor número de estudiantes, y a menor costo. Y en lugar de dismantelar las comunidades ‘scholars’, quizá les dé un nuevo soplo de vida por crearle nuevos nexos al trabajo académico en disciplinas afines y lugares distantes”*.

Pero entonces, ¿educar o instruir?. Baste de citas en este debate que apenas embarnece. De la *educación* y de la *reflexión pedagógica* seguimos pensando que, como siempre y hacia el futuro, deben estar orientadas a la construcción de la persona gestora de la ciencia, ambas puestas al servicio del todo social. Y que, de consecuencia, a la educación y la pedagogía les corresponde infundir y cultivar en la persona los más altos valores individuales y sociales; estimular en los seres humanos su innato anhelo intelectual de *saber*, y desarrollarle sus capacidades operativas - el *hacer*- que son medios de servicio mediante el trabajo. Tales fines logrados, la persona le da respuesta a sus legítimas aspiraciones de subsistencia y bienestar mediante el *poseer*.

Estos principios de la educación no han cambiado ni cambiarán. No les dan cabida a cambiantes e inquietantes perspectivas. Pero preocupan sí, de los nuevos *instrumentos*, su validez como auténticos recursos educativos y pedagógicos. Seleccionadas de aquí y allá, dejo recogidas algunas opiniones aprehensivas, suspicaces y medrosas unas, y otras desentendidas, o alentadoras y audaces. De seguro que otras tenemos, indecisas o situadas en uno u otro grupo actitudinal. Es cuestión de ponderarlas todas, y esto haciendo estaremos

dibujando, sobre el plano real de nuestras conciencias y actitudes, nuestros personales proyectos de educadores.

Nos escuece sobre manera el viejo debate entre *educar o instruir*. Claude Allegre lo juzga inoficioso porque ya no se trata de acciones contradictorias. Ambas a una. No habrá ya educación superior que no capacite para el trabajo, como tampoco capacidad práctica de altura sin la debida educación. Carece ya de sentido oponer la formación general a la profesional. Desde la Antigüedad -nos lo recordó Fernando Savater-, *"en líneas generales la educación orientada a la formación del alma y el cultivo respetuosos de los valores morales y patrióticos, siempre ha sido considerada de más alto rango que la instrucción, que da a conocer destrezas técnicas o teorías científicas"*, si bien él mismo acepta que desde hace un par de siglos esta *"proporción de estima"* viene inclinándose en favor de la mera instrucción que garantice, en tiempo corto, rendimientos laborales. Lo cual es tanto como decir, con otros términos arriba usados y ahora en forma más incisiva, que el *ser* de la persona y aun la altura de su *saber*, la llevan perdida frente al *hacer* práctico que le abra puertas al fácil y rápido *poseer*.

Puestas frente a tanta evidencia tecnológica, tal vez las universidades católicas han de sentirse obligadas a ser realistas. El uso del Internet no anuncia paso atrás. En 1997, más de cinco millones de computadoras estaban conectadas a las redes, y se prevé que a partir de 1998 el número de los usuarios se duplicará cada año. La alarma crece. Mas la actitud poética de Eliot, arriba recordada, invita a la educación y a los educadores a no darse por vencidos. La nueva situación -cito de nuevo a Savater-, *"aunque multiplique las dificultades del maestro, abre también posibilidades para la formación moral y social de la conciencia de los futuros ciudadanos"*. Con realismo audaz se pronuncia una Comisión de educadores franceses: *"Es necesario aceptar que nuestra época coincide con una verdadera metamorfosis de las relaciones humanas, acentuadas por el estallido de los medios de la comunicación y las conquista de los espacios cibernéticos. Asistimos a la emergencia de una sociedad del conocimiento (de un nuevo modo ciudadano, según Allegre), de la inteligencia, de la primacía de las actividades inmateriales, que hacen de la universidad partícipe indispensable del desarrollo de las*

naciones". La comunidad científica que ha avanzado la mayor parte de las nuevas tecnologías de la información, debe lograr el modo de beneficiar sus *misiones y funciones*.

Es entonces cuestión de activar la *imaginación* pedagógica. La historia de la educación, de la pedagogía y de la didáctica, nos demuestra que este triple aspecto -que no debe ser dejado en el olvido por los educadores de hoy y de mañana- siempre ha tenido firme apoyo en la imaginación creativa. Es cierto que la información, cuanto más abundante y aluvial, tal vez disperse y confunda la mente estudiantil y también las nuestras de maestros. Pero nos las enriquece. Del maestro depende que con más audaces esfuerzos selectivos y como lo hizo con sus tal vez escasos libros, imagine nuevas formas de organizarla para sí y para sus estudiantes, así la tarea de enseñar y educar se torne más dificultosa. ¿Por qué la variedad y la riqueza de la información no han de ser benéficas para expandir y agudizar el ansia natural que todos poseemos del saber?. Es de suponer que el ya citado Eliot, maestro e imaginativo como él supo serlo, le habría hallado rumbos a la información de nuestra época para cerrar el círculo de retorno a la sabiduría, agregándole un verso más a su poema.

La educación y los educadores estamos hoy enfrentados a la "*nueva cultura*" que nos anunció el Concilio Vaticano II. Si el nacimiento de la escritura alertó de vuelco cultural a los filósofos de la antigüedad griega, y si otro asombro se causó por la invención de la imprenta, ¿qué podemos dejar de pensar los educadores frente al vuelco cultural causado por la informática, más tangible y digitable sobre el suave teclado de las computadoras?. La tecnología que, según pensamiento de Arnold Toynbee, pareció sólo rasguñar la epidermis de la cultura, con la informática que el historiador británico no llegaría a conocer se está tocando fibras profundas del alma cultural de los pueblos. Y es de prever que cambios aún impredecibles sucedan en aspectos tan ligados a la pedagogía y la didáctica. Nos corresponde conducirlos. Es cierto que la comunidad letrada, la nuestra, ha trabajado y trabaja con abstracciones. Pero, ahora, la informática parece dificultar la elaboración, la concatenación y la asimilación de conceptos. Se trastoca la forma de conocer y de pensar. Pero el reto es ineludible. En los mayores, la resistencia al cambio se alienta de

costumbres inveteradas y de temores. La niñez y la juventud no los abrigan. Nos compete alertar, conducir y, al mismo tiempo, explorar y poner a prueba las posibilidades educativas de la tecnología informática, cautelados, por supuesto, los peligros de una nueva forma de imperialismo cultural, ya que en la sociedad de la comunicación, los poseedores o dueños de los contenidos y de la técnica acaban imponiéndole criterios a un mercado carente de controles aduaneros. Advertencia para la educación y las universidades latinoamericanas.

El Trabajo y el Empleo

El transformador impacto del Internet y la virtualidad sobre la cultura y la educación está dejándose sentir en el trabajo y en la organización social del empleo.

Históricamente, las universidades han tenido de presente no sólo ser de la persona, sino, de manera muy específica, el quehacer de los oficios profesionales que ellas han de llevar a cabo el justo poseer. Y el Concilio, al avistar la posición de la Iglesia en el mundo actual, detuvo su atención sobre las actividades laborales, autónomas o dirigidas, porque considera que los hombres, *“con la oblación de su trabajo a Dios, se asocian a la obra redentora de Jesucristo”*, porque movidos de la caridad se aproximan a sus semejantes con espíritu de servicio; porque unidos cooperan en el perfeccionamiento de la creación divina, y porque laborando logran los medios de subsistencia. (Gaudium, 67).

El trabajo, derecho y deber del hombre, como lo confirma el Concilio, ha sido y es activador de la economía en sus determinantes clásicos: la producción, la industria y la prestación de servicios. La humanidad, que desde su origen trabajó sin otros instrumentos que sus extremidades, ha venido después ayudándose de la máquina artesanal movida por las fuerzas naturales, y siglos más tarde impulsada por el vapor, por el petróleo y por el flujo eléctrico. Es la secuencia de revoluciones industriales que hoy nos tiene en la que algunos denominan la era atómica -¡Dios quiera que para la paz y no para la guerra!- y de la informática que empieza a modificar el trabajo del hombre, ya se trate del material o del intelectual, y del trabajo autónomo o del dependiente que es el empleo.

El empleo de la población total, distribuido y remunerado en armonía con la justicia, ha preocupado a los Estados y a las encíclicas papales. Así mismo, al Concilio. Pero las estadísticas vienen demostrando que aun en países de marcado desarrollo crecen los índices de desempleo, concepto que como el de trabajo en sus relaciones con el empleo, cada día se torna más ambiguo frente al mayor impacto de las nuevas tecnologías, como las biológicas y, muy en concreto, por la informática. Tanto es así, que en los tiempos que corren ya se escuchan voces como *“el fin del empleo”, o “El empleo, la gran mentira. ¡Viva la actividad!”*.

Por audaces que nos parezcan estas expresiones, ellas están tocando a la conciencia de las universidades, también de las católicas, para que agudicen sus reflexiones críticas, políticas y culturales. ¿Acaso sus procesos educativos no han venido en exceso fieles a las previsiones del empleo logvable por parte de sus egresados?. ¿Para qué estamos formando: para el trabajo o para el empleo?. Lo segundo importa porque en el mundo estamos. Per, ¿no deberíamos ante todo cultivar en los estudiantes las virtudes propias del *trabajo* que los disponga mejor para las muy impredecibles situaciones del *empleo*?. Así le formaríamos mejores empleados a la sociedad del futuro.

La encíclica “*Laborem exercens*”, 6, distingue meridianamente entre el *“sujeto”* del trabajo, que es el hombre, y su *“objeto”* que es la tarea realizada. Todo indica que el avance tecnológico está ya modificándola en tal forma, que también muy hondamente transforma las más profundas actitudes laborales del sujeto.

7. El Desarrollo

El trabajo, piedra clave en el arco de la civilización, es motor del desarrollo cuyo signo fue el *“ídolo del siglo”* XIX, según afirmación de J:B: Bury en 1920. Quizá no presentía el autor el declive financiero subsiguiente ni el desastre bélico que culminó en 1945.

El cese de la guerra fría; el auge tecnológico que ahora nos acompaña, y anuncio de la *sociedad del conocimiento*, vale decir, del trabajo intelectual elevado por encima de la disponibilidad de

recursos naturales como origen de la riqueza de los pueblos, son factores que empujan de nuevo las perspectivas del desarrollo.

Pero, al mismo tiempo, las zonas de paz en contraste con las de violencia y luchas fratricidas; el crecimiento de la riqueza y de la salud junto a inmensas poblaciones endémicas y desposeídas, y la angustia mundial por el deterioro y agotamiento de las fuentes de energía, al concepto de desarrollo le han impuesto el compensatorio y optimista de hacerlo *sostenible*.

Esta expresión adjetiva parece haberse usado por primera vez en la "Declaración de Estocolmo sobre el Medio Humano"; fue presentada en 1987 en el "Informe Brundtland ante la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo; aparece en el documento "Educación para el futuro sostenible", Río de Janeiro, 1992; se la reiteró en la Conferencia sobre "Medio Ambiente y Sociedad: Educación y sensibilización en materia de sostenibilidad", Tesalónica, 1997, y no deja de asomar su rostro en múltiples proclamas finiseculares.

El *desarrollo sostenible* no es una noción fija. Quizás se nos antoja ambigua. ¿Qué es lo *sostenible* para que el desarrollo a su vez lo sea? La noción puede parecerse reducida a *sostener* las condiciones indispensables para conservar la vida en el planeta, lo cual le otorgaría responsabilidad prioritaria, si no exclusiva, a las ciencias naturales. Pero la UNESCO, en 1997, amplió la visión: "*La sostenibilidad requiere un equilibrio dinámico entre muchos factores, incluidas las exigencias sociales, culturales y económicas de la humanidad, y la urgencia imperiosa de salvaguardar el entorno natural que la aposenta*".

En otros términos, que el desarrollo sostenible debe ser enarbolado sobre el avance armónico de todos los universales de la cultura, a fin que el desarrollo de los pueblos llegue a ser "*el nuevo nombre de la paz*". No se crea entonces que el legítimo desarrollo ha de sostenerse hacia el futuro sobre el monolito tecno-financiero y exento de todo compromiso con la ética y la justicia.

Es claro que el desarrollo en el sentido de creación, avance y posesión de la *tecnología*, no es igual en toda la superficie del planeta.

Latinoamérica y sus universidades ocupan posiciones dependientes. Mas si todas las universidades, y en gran medida las católicas de Latinoamérica, están llamadas a forma a la persona en la alturas de las ciencia regidas por la causa de la verdad y la justicia, de aquella depende que sobrevolados los óbices, se acelere la marcha del auténtico desarrollo de nuestras naciones.

El desarrollo es inseparable de las concepciones filosóficas que se tengan de la *historia*: Que si circulante sobre sí misma a la manera de ritmos envolventes de ascenso y de descenso, según algunas concepciones de los antiguos, no muy conscientes del pasado y de la inmensidad del universo. Que si pesimistas y descendente porque todo pasado fue mejor. Que si ascendente a la manera de espiral en vuelo hacia los valores superiores. Que si rectilínea y enfilada al alcance de una meta indefinida. O si, y en cualquiera de estas concepciones y percepciones, gobernada por Dios, principio y fin de todas las vidas y de la historia escatológica de nuestra salvación.